

El Accitano.

PERIÓDICO

Científico, Literario y de Intereses Generales de Guadix y su Partido

DE LA PASION DE CRISTO

Caminaba, pues, el inocente Isaac al lugar del sacrificio con aquella carga tan pesada sobre sus hombros tan flacos, siguiéndole mucha gente, y muchas piadosas mujeres que con sus lágrimas le acompañaban. Entre tanto, ánima mía, aparta los ojos de este cruel espectáculo, y con pasos aprestados, con aquejados gemidos, con ojos llorosos, camina para el palacio de la Virgen, y cuando allá llegares, derribado ante sus pies, comienza á decirle con dolerosa voz: ¡Oh señora de los ángeles, reina del cielo, puertá del paraíso, abogada del mundo, refugio de los pecadores, salud de los justos, alegría de los santos, maestra de las virtudes, espejo de limpieza, título de castidad, dechado de paciencia y sáma de toda perfección! ¡Ay de mí, señora mía! ¿Para qué se ha guardado mi vida para esta hora? ¿Cómo puedo vivir habiendo visto con mi ojo lo que vi? ¿Para que son mis palabras? Dejo á tu unigénito hijo y mi Señor en manos de sus enemigos, con una cruz á cuestas para ser en ella ajusticiado. ¿Qué sentido puede aquí alcanzar hasta donde llegó este dolor á la Virgen? Desfalleció aquí su ánima, y cubrióse la cara y todos sus virginales miembros de un sudor de muerte, que bastara para acabarle la vida si la dispensación divina no la guardara para mayor trabajo y mayor corona. Camina, pues, la Virgen en busca del Hijo, dándole el deseo de verle las fuerzas que el dolor le quitaba. Oye desde lejos el ruido de las armas, y el tropel de la gente, y el clamor de los pregones con que lo iban pregonando. Ve luego resplandecer los hierros de las lanzas y alabardas que asomaban por lo alto. Acércase más y más á su amado Hijo, y tiene sus ojos oscurecidos con el dolor para ver, si pudiese, al que tanto amaba su alma. ¡Oh, amor y temor del corazón de María! Por una parte deseaba verle y por otra rehusaba de ver tan lastimera figura. Finalmente, llegada ya donde le pudiese ver, miranse aquellas dos lumbreras del cielo una á otra; y atraviésanse los corazones con los ojos, y hieren con su vista sus ánimas lastimadas. Las lenguas estaban enmudecidas, mas al corazón de la Madre, habla el del Hijo dulcísimo, y le decía: ¿Para qué viniste aquí, paloma mía? Tu dolor acrecienta el mío y tus tormentos me atormentan á mí. Vuélvete, Madre mía, vuélvete, que no pertenece á tu vergüenza y pureza virginal, compañía de homicidas y ladrones... Considera, pues, aquí, ánima mía, la alteza de la divina bondad y misericordia que en este misterio tan claramente resplandece. Mira cómo aquel que viste los cielos de nubes y los campos de flores y hermosura, es aquí despojado de todas sus vestiduras...

Oh, Salvador y Redentor mío! ¿Qué corazón habrá de tan piedra que no se parta de dolor, pues en este día se partieron las piedras con siderando lo que padecías en esa cruz? Cercado te han dolores de muerte; embestido han sobre ti todos los vientos y olas del mar. Atollado has en el profundo de los abismos, y no hayas sobre qué estibar. El Padre te ha desamparado: ¿qué esperas, Señor, de los hombres? Los enemigos te dan grita; los amigos te quiebran el corazón; tu ánima está afligida y no admite consuelo por mi amor. Duros fueron, cierto, mis pecados, y tu penitencia lo declara. Véote, Rey mío, cosido con un madero; no hay quien sostenga tu cuerpo si no tres garfios de hierro; de ellos cuelga tu sagrada carne, sin tener otro refrigerio... ¡Oh, cuán bien empleados fueran allí vuestros brazos, Santísima Virgen, para este oficio! Mas no servirán ahora allí los vuestros, sino los de la cruz... Crecieron los dolores del Hijo con la presencia de la Madre, con los cuales no menos estaba su corazón crucificado de dentro, que el sagrado cuerpo lo estaba de fuera. Dos cruces hay para ti ¡oh, buen Jesús! en este día: una para el cuerpo y otra para el ánima; la una es de pasión, la otra de compasión; la una traspasa el cuerpo con clavos de hierro, y la otra tu ánima santísima con clavos de dolor. ¿Quién podrá, oh, buen Jesús, declarar lo que sentías cuando considerabas las angustias de aquella ánima santísima, la cual tan de cierto sabes estar contigo crucificada? ¿Cuándo veías aquel piadoso corazón traspasado y atravesado con cuchillo de dolor? ¿Cuándo tendías los ojos sangrientos y mirabas aquel divino rostro cubierto de amarillez de muerte, y aquellas angustias de su ánima, sin muerte ya más que muerta, y aquellos ríos de lágrimas que de sus puros ojos salían, y oías los gemidos que se arrancaban de aquel sagrado pecho, exprimidos con el peso de tan grande dolor? Pues ¡oh, piadosísima Virgen! ¿Por qué, Señora, quisiste acrecentar este dolor con la vista de vuestros ojos? ¿Por qué quisisteis hallaros hoy presente en este lugar? No es de vuestro recogimiento pasear en lugares públicos; no es de corazón de madre ver á los hijos morir, aunque sea con su honra y en su cama; y vos venís á ver al Hijo morir por justicia y entre ladrones en una cruz. Ya que determináis vencer el corazón de madre y queréis honrar el misterio de la cruz ¿para qué os ponéis tan cerca de ella, que hayáis de llevar en vuestro manto perpetua memoria de ese dolor? Remedios, no se lo podéis dar; sino con vuestra presencia acrecentar su tormento; porque sólo esto le faltaba para acrecentamiento de sus dolores, que en el tiempo de su agonía, en el último trance y contienda de la muerte, cuando ya los postres gemidos levantaban su pecho atormentado, bajase sus ojos desmayados y os viese al

pie de la cruz. Y por qué estando al fin de la vida, enflaquecidos los sentidos y oscurecidos los ojos con la sombra de la muerte, no os podía divisar de lejos, os pusisteis tan cerca para que claramente os conociese y viese esos brazos en que fué recibido y llevado á Egipto tan quebrantados y esos pechos virginales con cuya leche fué criado, hechos un piélago de dolor. Mirad, ángeles, estas dos figuras, si por ventura las conocéis. Mirad, cielos, esta crueldad y cubrios de luto por la muerte de vuestro Señor; oscurecer el aire claro, porque el mundo no vea las carnes desnudas de vuestro Criador. Echad con vuestras tinieblas un manto sobre su cuerpo, porque no vean los ojos profanos el arca del testamento desnuda. ¡Oh, cielos que tan serenos fuisteis criados! ¡Oh, tierra de tanta variedad y hermosura vestida! Si vosotros observasteis vuestra gloria en esta pena, si vosotros que érades insensibles la sentisteis á vuestro modo, ¿qué harían las entrañas y pechos virginales de la Madre?

Fray Luis de Granada

EL DIA DE LA PASION

(DE UN POEMA INÉDITO)

La luz filtrada de la Virgen pura
tocó en la melancólica cabeza,
que en ella se volvió luz de ternura,
de esperanza, de paz y de tristeza.

Y alrededor, en círculo inefable,
más bien que luz, junto á sus sienes bellas,
compusieron un flanco incomparable
la sombra, el sol, la luna y la sestrallas.

Brillaba así del tiempo en la gran hora
de frente maternal fulgor querido,
mezcla de luz de una naciente aurora
y reflejo de un sol desvanecido.

Tal de la augusta redención del mundo
alumbró los misterios de aquel día,
un brillo extraño, virginal, profundo,
que un ángel le llamó «luz de María».

Rodeado de esta luz inmaculada,
el «consumatum est» Cristo murmura,
y ve ante sí, tendiendo una mirada,
la soledad, el odio, la amargura.

Bendice con su vista el mundo entero,
le dá un beso mental, suspira y muere,
el verdadero amor, si es verdadero,
besa al morir la mano que le hiere.

RAMON DE CAMPOAMOR.

LA VENTA DEL JUSTO

Entretanto Satanás se apoderó del corazón de Judas, llamado Iscariote, uno de los doce apóstoles el cual se tuvo á encontrar á los príncipes de los sacerdotes ofreciéndoles entregarles á Jesús. Y se puso á tratar con ellos y con los magistrados del templo sobre la manera de entregarle. ¿Qué quereis darme y yo le pondré en vuestras manos? A estas palabras se colmaron de alegría y convinieron con él en darle mas adelante cierta suma de dinero, entregándole desde luego treinta monedas de plata. Obligoso Judas, y buscaba oportunidad para entregarle sin tumulto y sin que lo supiera el pueblo.

DARRAS

Al Dios y Señor del Universo:

Al Santo de los Santos:

Al modelo de resignación, de obediencia y de mansedumbre:

Al hijo del Padre:

Al Creador:

Al Glorificador:

No faltó quien lo vendiera, después de haber recibido del mismo cuanto era, la vida, el entedimiento, la salud, el alma mortal destinada á gozar los encantos del paraíso y la inmortalidad,

Judas:

El discípulo ingrato:

El hombre funesto:

El ser degradado:

Llevado de su sed de oro, que es la mas refinada de las avaricias, no tiene inconveniente en vender, en dar, en entregar á Jesús á sus enemigos por miserables treinta dineros.

Tiene la sangre fría de señalar á su víctima á los enemigos de Jesús, dándole repugnantísimo ósculo.

No tiene inconveniente en que sea maltratado, insultado, coronado de espinas y azotado su maestro.

No da muestras de dolor:

No compadece al Hombre Dios:

No medita las consecuencias de su traición.

Acaso presencia con calma las mas culminantes escenas de la pasión;

Mas surge de pronto en su ánimo el arrepentimiento, su conciencia le acusa, su ánimo se contrista, enflaquece, se debilita, y lejos de pedir perdón á Dios lejos de hacer actos buenos, lejos de confiar en la grandísima misericordia de EL que todo lo olvida, lo hace desaparecer y lo perdona con el arrepentimiento, se desespera, odia al mundo á los mortales, á la creación toda, se entrega de nuevo al ángel caído á quien entregaria su alma y en el paroxismo de su desesperación rabiosa se ahorca.

Gran enseñanza.

Irrecusable precedente.

Esa es la pena de los traidores; la lleva aparejada la traición misma.

Judas es un hombre execrable á quien maldice como traidor y como vendedor de Jesús, del Justo, que supo morir por los hombres, y sufrir por ellos tormentos horribles, afrentas sin ejemplo, insultos sin tasa ni medida,

Todo por amor de sus hijos que tan mal le corresponden.

GARCI-TORRES

LA CRUZ

Era Roma: sus legiones agnerridas y triunfantes, en las playas mas distantes enarbolaban pendones.

Parecia el mundo estrecho á tan altiva grandeza y á contener la entereza del latido de su pecho.

Fueron escasos entonces para grabar tanta gloria, las páginas de la historia, los mármoles y los bronceos.

Impuso costumbre y leyes: pobló villas y desiertos, hasta hacer de sus libertos los árbitros de los reyes.

De su ser vació la esencia en esclavos y señores, y al mundo le dió pretores y lo llenó con su ciencia.

Y de arcos y pedestales por el buril animados, dejó en la piedra gravados, sus contornos colosales,

Con mantos de seda y oro las curias de sus comicios elegían los patricios, bajo los átrios del «Foro.»

En tanto que de sangrientos pugilatos vencedores, se alzaban los gladiadores en el «Circo» turbulento.

De las fiestas saturnales el desordenado ruido, se mezclaba confundido al coro de las Vestales.

Y dando rienda al deseo, tras lucha feroz é impia, los ecos de su Talía llauraron el «Coliseo.»

Y entre glorias, atributo fiel de su destino vario, tuvo un Sila para Mario y para César un Bruto.

Y Caligula y Neronés, que sobre campiñas yermas dieron al placer sus terms y escándalo á las naciones.

Era Roma: mas la luz que su grandeza irradió, fué sombra, cuando se alzó sobre el Gólgata la Cruz.

¡La Cruz! Signo sacrosanto; emblema de vida y muerte, donde padeció el Dios fuerte, hijo del tres veces Santo!

Arbol de excelsa agonía, á cuyo pie corrió á mares

el fruto de los pesares del corazón de Maria.

¡La Cruz! Manantial fecundo que brotando en puras fuentes apagó con sus corrientes la hidrópica sed del mundo.

Signo de la Redención, que coloca el cristianismo en la pila del bautismo y en la tumba del por blasón.

¡La Cruz! Pabellón de gloria de la cristiana milicia cuyos pliegues acaricia, el viento de la victoria.

Sol de rayos inmortales, que enal diadema sagrada, sobre la cúpula alzada corona las Catedrales.

¡La Cruz! Lábaro esplendente que iluminó á Constantino, y abrió glorioso camino á las cruzadas de Oriente.

Y clavó con patrio afán entre españoles guerreros, el gran cardenal Cisneros en las murallas de Orán.

¡La Cruz! Estandarte santo que cubrió con sombra amiga, las galeras de la Liga en el golfo de Lepanto.

Enseña de los valientes, que se abatió en una antena para clavar en la arena de los trópicos ardientes.

¡La Cruz! Bandera arbolada ante nuevos horizontes, de los cantábricos montes á las tierras de Granada.

¡Claro manantial fecundo, que en corrientes inmortales hizo brotar los raudales de la redención del mundo.

¡Siguiendo su inmensa luz, que alumbra lo porvenir, juremos, en Dios, morir abrazados á la cruz

AURELIANO RUIZ,

EL DRAMA DEL CALVARIO.

El Hijo soberano del Eterno Padre ha tomado sobre sus hombros los pecados del mundo; y ardiendo en purísimo fuego de divino amor, sumergida su alma en torrentes de amargura, fija el pensamiento en el bien y salvación de los míseros mortales, se inmola en el Calvario por el hombre.

El Verbo que naciendo eternamente del fecundo entendimiento de Altísimo vive en su divina esencia, el que hizo brotar la vida de los senos insondables de la nada, sufre muerte cruel entre dolores de inhumana cruz,

La angustia del excelsa Hacedor de los mundos hace estreverse á la tierra, asombrarse al cielo, gemir á los Angeles, ... ¡llorar á Dios!

Y al pie del patíbulo afrentoso, en que espira Jesús, hay un corazón traspasado por la espada sangrienta del dolor.

¡Maria!...Tambien con ella ha ejercido el sufrimiento su bárbara crueldad. De su pecho se escapan tristes suspiros como de espíritu que se apaga; sus ojos velados por fúnebre tristeza asemejan al sol cuando amanece nublado: hielo de pavor se difunde por sus venas, y su corazón siente el quebranto de la muerte.

El Hijo y la Madre se dirigen recíproca mirada, amorosa la de Jesús, acongojada la de Maria. Y es asmirada, son rayos que parten sus corazones, ¡Oh intensísimo dolor! ¡Oh dolor inconcebible!... ¡Oh recíproca angustia incomparable!...

¡Drama sangriento cuyo recuerdo, después de diez y nueve siglos, hiela la sangre en las venas, y paraliza los latidos del corazón!

A meditarlo se dedica, estos días el muado cristiano, alimentando su alma con la mística contemplación de sus inefables misterios.

¡Quién nos diera bañar nuestra lengua en el cosido abierto del Redentor, y que nuestra voz sonara con fúnebre armonía en el universal concierto de llantos y dolores que levanta entre la humanidad la muerte del JUSTO

MOMENTO DE DOLOR

Muerto Jesús, tras agonía lenta, con bárbaro dolor y cruel martirio, solo su cuerpo queda en este mundo, valle de ingratitud, fuente de olvido. Triste su Madre está, junto al madero en que se halla el cadáver de su Hijo, que devora con ojos maternales y llantos de dolor. Cumplió el destino que le trajo a la tierra, y su amargura abrió el cielo a los hombres redimidos. Mas, mirad a la Madre; de sus ojos lagrimas brotan en delgados hilos, su corazón traspasa hondamente pesares sin igual de amor divino; en la infamante cruz, puesto el cadáver sangre destila por el hombre herido, Tado acabó: y el mundo ya está libre, puede volar el alma en raudal giro a la atmósfera azul, a la alta cumbre, al cielo para siempre prometido

¡Quién consuela a la Virgen en su duelo? ¡Quién secara su llanto? Desolado, le vé al fin de la cruz, y en su rodillas enjugando la sangre está del Hijo, ¡Momento de dolor! ¡Divina angustia! Mira en los ojos apagado brillo, horadada la piel de agudos hierros, ensangrentado, inmóvil, yerto, rígido... y confunde su llanto con la sangre coagulada que mancha el cuerpo frío; le mira con dolor; dolor sublimel y llora sin cesar ¡llanto divino! y ablanda el corazón de los mortales sensibles al amor y al sacrificio. Miradla ahí; mirad. Sus ojos lloran, tiembla su cuerpo de pesar herido. Es la Madre de Angustias la que gime, la que dió por nosotros a su Hijo. la que en la noche silenciosa vela, teniendo en sus rodillas el divino

cuerpo del mártir. Consolad su cuita, que ella llora también cuando gemimos Llorad los que miráis su triste rostro, Llorad, llorad, los que os llamais sus hijos

F. J. S.

Jerusalén

IMITACION BIBLICA

La noche extendió su manto de sombras por la colina sagrada.

Sobre la Cruz del Cristo un ángel agitó siete veces las alas.

Y cubriendo con ellas su rostro, exclamó dirigiéndose a la ciudad deicida:

—¡Jerusalén! ¡Jerusalén!... ¡Ciudad de los Profetas y de los Patriarcas ¿qué has hecho?

¿Por qué inclinas avergonzada tu cabeza de reina, y en tu seno se agita un mar de gemidos?

¿No eres tú, la que ayer se adornaba con olivas y palmas, aclamando al enviado del Señor?...

¿Por que tu pueblo, antes alegre y bullicioso, ha perdido sus encantos y su alegría?

¿Qué ha pasado por tí?... ¿Qué te sucede?... ¿Qué has hecho?...

Y la voz del Ángel, al pronunciar estas palabras, era voz precursora de tormentas.

Y la ciudad se cubría más y más de sombras.

Y luego, dominando el ronco hervidero de palabras que de ella salía, el Nuncio celeste continuaba:

—¡Muchas generaciones han pasado por tí!

¡Muchas generaciones han dejado impresiones en tu suelo las huellas de sus pies!...

Y su vida era vida de esperanza. Y su esperanza en Cristo que había de venir.

¡Ciudad maldita! ¿Qué has hecho del Cristo, esperanza de tus antepasados?...

¿Qué has hecho del Ungido del Señor, que ha venido a salvarte?

Las cumbres del Gólgota muestran a los espantados cielos la obra de tus manos sacrilegas.

Sobre tus murallas pesa la cólera del Dios, como bronce fundido.

Y sus piedras comienzan a temblar, amenazando desplomarse con estrépito.

¡Oh ¡no tardarán en caer sobre las cabezas de tus hijos!

¡De tus hijos, acostumbrados a desobedecer los mandatos del Eterno!...

¡De tus hijos, raza de víboras, que acaba de consumar el más grande de los crímenes!

¡De tus hijos, que presagando sus futuros destinos se agitan en tu seno como tormente descauzado!

¡Y sus pechos son antros de remordimiento!

¡Y sus ojos temen ver la luz del día, entre los jirones de nubes que oculta tu cielo!

Y sus rostros reflejan el espanto, y se tornan pálidos y marchitos como la hojas de los árboles en el otoño.

¡Llora, llora sobre tus hijos, ciudad infortunada!

¡Mañana se han de esparcir por toda la tierra, como rebaño sin pastor!

Y buscarán su patria y no la hallarán, por que los asesinos de un Dios no pueden tener patria

Abrirán su historia y la verán llena de sangre.

¡Ni aun tendrán el consuelo de ir a llorar sobre las tumbas de sus padres porque aque llas habrán desaparecido bajo ruinas!

Y de los sepulcros apenas quedarán señales.

Y los huesos que contenían destrozados por el tiempo, y reducidos a polvo volarán por los aires.

Y entre el polvo que llegue a los ojos de tus hijos haciéndoles derramar una lágrima, tal vez vayan envueltos los restos de aquellas cenizas...!

Andarán errantes por el mundo y su camino será camino de vergüenza.

Y las gentes les mirarán con desprecio. Sus nombres serán nombres de maldición y de infamia.

Y su viaje no tendrá fin, como sus esperanzas no tendrán cumplimiento.

¡Jerusalén! ¡Jerusalén! llora sobre tus hijos; y tu llanto sea llanto de madre que se despide de los pedazos de su alma

Y tus ojos sean fuentes de lágrimas, y tu corazón mar de gemidos.

Grande es tu crimen; grande ha de ser tu castigo.

Por tí ha subido el Justo a la cumbre del Calvario, llevando sobre sus hombros la Cruz del martirio.

Tu pueblo andará por el calvario de la vida llevando sobre sí la cruz de la infamia y de la vergüenza...!

Y la voz del Ángel al pronunciar estas palabras, se apagó como el ruido de una tempestad que pasa.

Y la ciudad se agitaba entre las sombras cada vez mas densas, mas negras, mas lúgubres.

Y Jesús pendiente del Madero Santo, con los brazos abiertos esperaba al hombre para sellar el pacto de su alianza con él, y poner sobre su frente el signo de su regeneración.

Machaca

LA MUERTE DE JESÚS

SONETO

Desbórdense en insólito torrente los rios con impulso tremebundo, el mar con alarido furibundo ruja tempestuoso é imponente.

• Las montañas que al al cielo alzan la frente, se hagan polvo cubriendo todo el mundo, y el sol que nos alumbra rubicundo pierda su luz hermosa y sonriente

Luchen las indomables aquilones, pretenda el terremoto enquistarnos, denense de dolor los corazones, horrible pena logra atormentarnos, que Jesús enclavado entre ladrones ha muerto en una Cruz para salvarnos.

BLANCA CORDERO

Miserere

Las amplísimas naves del magestuoso templo, las invaden las tinieblas, apenas despididas en pequeños círculos que iluminan las luces puestas en las cornisas de las basas de los esbeltos grupos de columnas.

Las sombras proyectadas por imágenes y estatuas sepulcrales, se agitan al oscilar las luces, y en las capillas se vé, á través de las cerradas verjas, una especie de movimiento ondulatorio; así como producido por lápidas que se levantan sucesivamente, para dejar paso a los que durmiendo el sueño eterno, surgieran, en aquel momento, para implorar el perdón del Dios de las misericordias.

Los fieles, contristados, van por aquellas naves, aproximándose al presbiterio, produciendo el resbalamiento de sus pasos un ruido raro, una especie de fuerte siseo, que no es lo suficientemente intenso para que dejen de oírse, en las altas bóvedas, ciertos misteriosos y suaves rumores, quizás causados al desplegarse las alas de los ángeles que se remontan al trono del Eterno, para presentarles las oraciones de los concurrentes.

Mientras tanto, en el coro, lúgubres voces cantan las tristísimas lamentaciones; y las pardas velas del tenebrario, una en pos de otra, apáganse como se apagan las ilusiones que acariciamos en esta misera vida, menos la última vela que desaparece, pero encendida como desaparece el alma in mortal al destigarse de la misera envoltura que por más ó menos tiempo la tiene aprisionada.

Después de una breve pausa, durante la que únicamente interrumpe el silencio que reina, el chisproroteo de las innumerables velas que alumbran al Augusto Sacramento, expuesto en riquísima urna de oro, se oye un trido coro que acompañado de afinada orquesta, canta suspirante, balbuciente: «Miserere mei deus secundum magnam misericordiam tuam» En tonces, el que tiene sentimientos se siente tan pequeño, tan humillado, tan contrito y de tal modo sacuden las más recónditas fibras de su corazón aquellos desgarradores gritos de dolor y aquellas sublimes armonías, que le parece como si la humanidad entera; gimiendo, trémula, angustiada, se prosternara ante el tribunal del Supremo Juez pidiendo misericordia.

Siguen cantándose los demás números de la famosa obra que inmortalizó el nombre del maestro Palacios y en aumento la emoción que se experimenta al oír aquellas suaves melodías que alternan con estruendosas armonías, hasta que un erizamiento de cabellos, causado por súbito terror que

avada el ánimo, se oye una gran voz de bajo profundo que dice: «In iniquitatibus conceptus sum, et in peccatis concepit me mater mea» é incontinente, así como un monstruoso concierto en el que el bramido de tumultuosas olas, el crujir de árboles hendidos por el rayo, y el tableteo de espantoso trueno, acompañaran á un tremendo alarido, informe, espantoso, en que se confundieron las maldiciones de los réprobos, las blasfemias de los impíos, los ayes de dolor de los enfermos incurables, las risas y cantos báquicos de las orgias, los suspiros de los enamorados, el llanto de los arrepentidos, y por último, todas las exclamaciones que el placer y el dolor arrancan á los que en la iniquidad fueron concebidos.

Después el ánimo se tranquiliza oyendo una parsima voz que acompañada de dulces instrumentos: canta el versículo «Audite meo dabis gaudium et laetitia, et exultabunt ossa humiliata» Entonces parece que una resplandeciente luz inunda los ambientes del templo, que un aroma exquisito impregna el ambiente y que entre gigantesco nimbo de rosáceas nubes, descienden legiones de santos ángeles y querubines que se prosternan ante el Sagrado Monumento y claman: ¡Misericordia! ¡misericordia! para la misera humanidad,

Terminado el Miserere, los fieles se retiran en silencio, profundamente emocionados: los capitanes se dirigen á la sacristía arrastrando por las losas las colas de sus mantos. Oyése ruido de llaves y, poco después, al cerrar las puertas, un golpe seco que perciben los oídos, como un eco de lo inmutable, de la eternidad.

E. ZUÑIGA.

DOLOROSA

(FRAGMENTO)

¡Pobre Madre...! Está llorando
Al pie del Santo Madero,
Y el pueblo murmura fiero
Por la Montaña girando
Y ruge el viento bravo
Brziman los mares profundos,
Y giran soles y mundos
Con espanto en el vacío.
¡Pobre Madre!... ante los sonos
De sus dolientes afanes,
Alzan truenos y volcanes
Sus más terribles canciones.

Y el ángel llora y se arredra,
Tiemblan los juces inquietos,
Y se alzan los esqueletos
Sobre sus tumbas de piedra.
Porque es tanta la aflicción
De la Madre angelical,
Que llora el mismo puñal
Al romper su corazón

B. LOPEZ GARCIA

MARIA

¿Quién es esa mujer que sumida en amargo llanto y acervo dolor; sin exhalar un quejido para implorar compasión ó para manifestar lo intenso de su pena, sobresale entre la deicida que acompaña al ya crucificado y agonizante Jesús.

Es María [Santísima, su Madre adorada, el ser bendito por excelencia, manantial de santa abnegación, torrente puro de amor y ternura.

Como las entrañas de un volcan está su espíritu; candente fuego le abrasa y lava, mas que lágrimas, brotan por los cráteres de sus ojos trazando profundos surcos en sus sonrojadas mejillas

La flagelación, la espinas por corona y la cruz por cetro, el cobarde laboratorio de Pilatos, las caídas de la calle de la Amargura, los golpes de los verdugos; el crujir de los huesos al elevarse el santo madero, el denigrante reparto de la túnica, dolores y angustias son, que constituyen la mas terrible tragedia que registran los anales de la historia, y que solo Maria pudo resistir.

¡Maria! nombre bendito, á quien todos los cristianos levantan un templo en lo profundo de su corazón: sello que fortifica y alienta para las tenebrosas empresas; estigma sagrado, ante quien se prosternan y detienen las vanidades y locuras de este mundo.

¡Maria! nombre que deleita, que subyuga, que cautiva, que extasia; nombre puro pronunciado con amor por el hombre y la mujer; por el viejo y el joven, por el rico y el pobre...

¡Maria! Madre de Dios y Madre mia, que sustituye a la que perdí en esta tierra; permíteme que te acompañe desde el pie de la cruz, hasta el sepulcro, donde a ballena convertida en frio marmol recibirá, por tres días en su seno, al Jonas sacrosanto.

EMILIO RESTOY

EL ACCITANO

Oficinas: Villa Alegre - Guadix
PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN (PAGO ANTICIPADO)

Guadix, un año. Ptas. 10.00

En toda España. » 10.00

Extranjero. » 12.50

Número corriente, 25 céntimos de peseta. Atrás, 50.

Anuncios 1.ª plana, peseta línea; 2.ª 75 céntimos; 3.ª 50 céntimos; 4.ª 25.

Los anuncios se pagan por adelantado.

EL ACCITANO

PROVINCIA DE

Sr. D